



GODEM creó seres capaces de amar, luchar, perder y morir. Sus vidas daban movimiento a la obra que necesitaba contemplar.



La rueda del samsara mantiene la obra en marcha: cada conciencia vive, muere y vuelve a la existencia en otro cuerpo.



El cuerpo, la memoria, la familia, la moral y el nombre atan la conciencia al regreso. Más honda aún es la ilusión de un yo permanente.



Después de muchas vidas, una conciencia suelta una cadena. Luego otra. También abandona la necesidad de ser especial.



En el sueño roza una capa que los sentidos del cuerpo no alcanzan: el universo DOMOGO.



Al atravesar la frontera recibe una forma acorazada. Su coraza lo protege de aquello que podría encadenarlo de nuevo. Es un MURDOGO.



Hidren avanza entre garitas. Cada torre vigila la vida que una conciencia todavía cree suya.



Los recuerdos, los vínculos y el nombre pierden fuerza. Las últimas cadenas se desprenden.



La libertad exige seguir caminando, incluso cuando ya no queda una historia propia que defender.



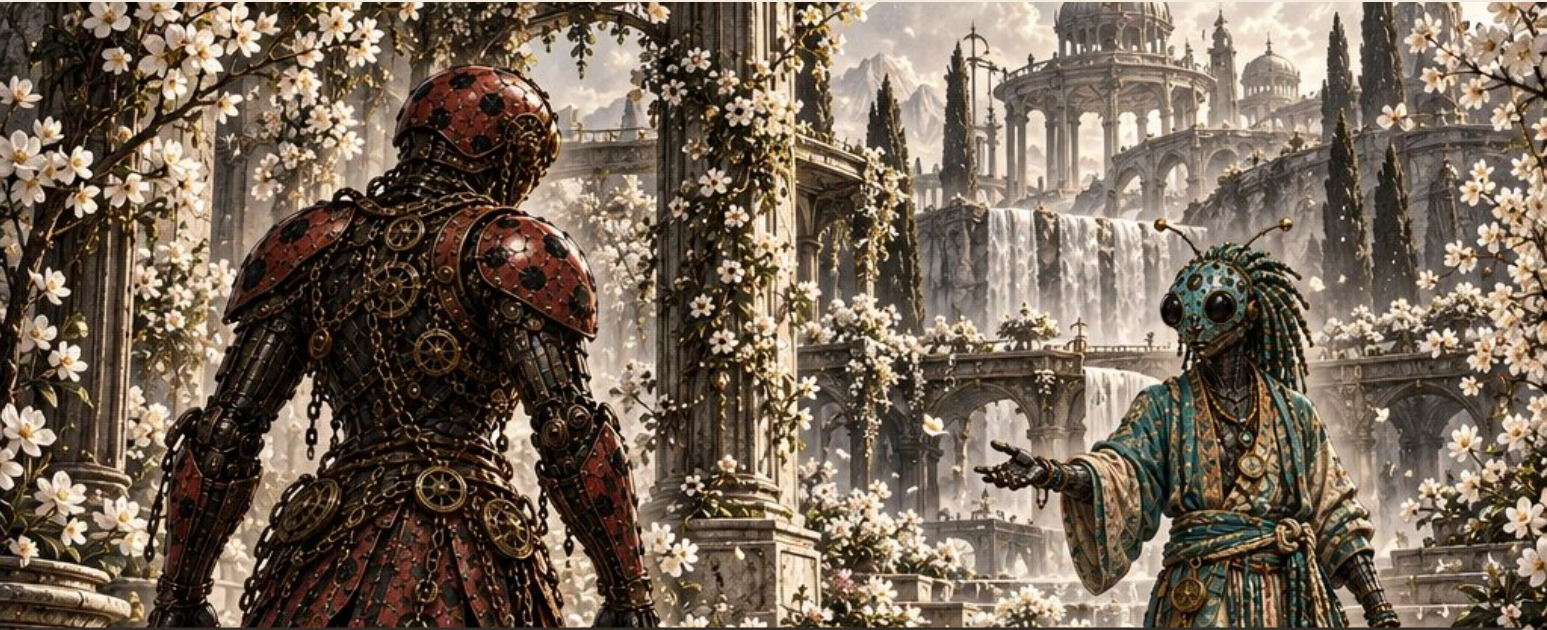
Desde el límite, Hidren ve una región aparte: la tierra de los DOOMERS, experimentos que GODEM abandonó.



Uno recoge la escasa savia del Creador. Allí sobreviven como pueden; su lucha les pertenece.



Hidren sigue su camino. Los DOOMERS permanecen en su mundo, lejos del valle de los DEMORGOS.



El reino de los HEDOMOGOS lo recibe con jardines, música y belleza. Nada parece una prisión.



Le ofrecen un propósito: «Sé guía. Salva a otros. Permanece para siempre».



Hidren reconoce el anzuelo. Querer ser héroe todavía es querer ser alguien. Deja atrás el jardín.



En el valle, los DEMORGOS conocen sus antiguas heridas. Quieren devolverle una identidad.



«Te hicieron daño. Tienes razón. Aún debes cobrar esa deuda».



Hidren escucha, pero no vuelve al odio. El valle pierde su poder sobre él.



Después del valle no quedan voces ni promesas: solo una extensión desierta.



Hidren alcanza el acantilado del umbral. Al otro lado se abre el vacío de antimateria.



No hay otro reino al que entrar. Para terminar el regreso, debe abandonar incluso su forma.



Hidren salta. Su cuerpo acorazado cae hacia la antimateria.



Materia y antimateria se aniquilan. El yo desaparece; ninguna conciencia individual continúa.



La energía se despliega como una aurora tenue. Nadie queda para contemplarla. Solo permanece su resplandor.